

RESEÑA

La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales, de Ivan Jablonka

Sergio Cáceres Mercado¹

El historiador Ivan Jablonka cuenta que la idea de este libro surgió al calor de sus dos anteriores trabajos: *Historia de los abuelos que no tuve* y de la novela *Alma hermana*. El autor se encontró en una disyuntiva profesional, si triunfaba como escritor fracasaría como historiador y viceversa. Se dio cuenta de que partía de una dicotomía tradicional en la cual la literatura y la historia discurrían por senderos dispares. Se puso a investigar y descubrió que ambos conceptos son las caras de una misma moneda, pues tienen una accidentada historia en común que al ser contada resultó en este libro.

La historia es una literatura contemporánea es difícil de clasificar, pues es una rica historia de la ciencia de la historia, también es tratado de metodología histórica, una reflexión sobre la escritura y la naturaleza de las ciencias sociales, una investigación epistemológica con eruditos pasajes sobre novelistas e historiadores y la mutua influencia a lo largo de los siglos. Todo esto lo consigue queriendo demostrar la tesis según la cual la literatura es consustancial a la escritura de la historia, pues la mejora gnoseológica y metodológicamente; en este sentido sistematiza una propia teoría sobre las ciencias sociales.

¹ Filósofo por la Universidad Nacional de Asunción y candidato a Master en Historia por la misma casa de estudios. investigador del Instituto de Ciencias Sociales (ICSO). Áreas de estudio: Filosofía de la Ciencia y Estudios de Educación Superior, Ciencia y Sociedad.
Email: scaceres@inaesvirtual.edu.py

Divorcio a la francesa

La primera parte se titula “La gran separación”. Jablonka inicia, cuándo no, con los griegos, pues ya nuestro padre fundador Herodoto nos cuenta sus historias con un despliegue ficticio que le da gran éxito. Años después, Tucídides reniega de este estilo y afirma que lo suyo es atenerse a los hechos y que mucho alarde literario es contraproducente para la verdad histórica. Con esta dialéctica como basamento, pasamos a la escena europea moderna, con un predominio francés como es obvio de esperar teniendo en cuenta el origen cultural de nuestro autor. Somos conducidos así hacia un pasado en el cual la historia era orgullosa de su literariedad, aspecto que no le creaba ninguna culpa sino todo lo contrario. Sin embargo, la ascensión de la ciencia como paradigma del conocimiento tendrá un impacto en todas las actividades cognoscitivas, entre ellas la historia. De este modo, la literariedad de los historiadores empieza a verse como un lastre o, peor aún, como una mancha vergonzosa que había que remover a toda costa.

En esta controversia, aparecen historiadores poéticos y otros que influidos por el positivismo conducen a la historia hacia un “no texto”, es decir, aquella que prescinde de todo recurso retórico. Los escritores también son grandes protagonistas, pues la novela aparece como un género que impacta notablemente sobre la labor historiadora, primero con buenos ojos, hasta que llega el rechazo. Chateaubriand, Ranke, Michelet, Scott, Balzac, Zola, Flaubert son algunos de los célebres nombres que protagonizan esta saga de amor y odio. Jablonka concluye que la forzada separación de la historia y la literatura empobreció a la primera. En la breve y rica crónica que nos ofrece, indica como la historia construyó conocimiento con recursos que eran compartidos por otros géneros escriturales y que esto no sería visto como un problema hasta que la historia ingreso al sistema universitario con sus exigencias metodológicas.

Pero antes de que la ruptura sea definitiva, aparece en escena el narrativismo en el un Siglo XX que ya tenía a la Escuela de los Annales bien desarrollada y apoyando subrepticamente la dicotomía historia/literatura. El narrativismo, impulsada por historiadores y filósofos como Paul Ricoeur, Michel de Certeau y Pau Veyne vuelve a dar en la tecla literaria mostrándoles a los historiadores que dicha vena poética es consustancial a su labor. Jablonka ve este *revival* como “el retorno de lo reprimido literario”, es decir, pero la irrupción de una prima cercana, el giro lingüístico, desbarata todo el proyecto. Hayden White y su *Metahistoria* dan la última desbandada de los historiadores aterrados ante el relativismo escéptico que abiertamente propugnaba. Ricoeur y compañía recordaron a la ciencia histórica que su literariedad es innegable porque todo contador de “historias” no puede dejar de usar recursos literarios, pero, aclara muy cuidadosamente Jablonka, nunca negaron a la historia su papel

de buscadora de la verdad. En cambio, el giro lingüístico introducido por White colocaba a la historia como un recurso retórico más, es decir, como una maquinaria semiótica que solo podía hablar de la verdad desde acuerdos verbales pero que no tenían ninguna relación con la realidad.

Mientras la literatura, con la novela a la cabeza, crecía sin culpa alguna, la historia se replegaba perdiendo su identidad fundacional. La novela podía decir verdades que la historia no podía y era libre epistemológica y metodológicamente. La historia decía estar en el reino de la verdad científica, pero no era feliz pues perdió algo más que la creatividad escritural. Esta división estaba fundada en una falsa dicotomía, según Jablonka. Hay mucho más en común entre la literatura y la historia, y eso es lo que nuestro autor tratará de consignar en la segunda parte de su libro.

Razonar el método

Para comprender el problema, Jablonka entabla en la segunda parte un exhaustivo análisis de los métodos de investigación histórica, así como de los principios epistemológicos que la sostienen. Si la historia busca la verdad, entonces se deben comprender los conceptos de verdad que se manejan en su interior, así como el papel del principio de causalidad. La definición misma de historia depende de todos estos desarrollos conceptuales.

El autor realiza un despliegue que podemos calificar de escolástico, en el sentido de que clasifica todos los procedimientos que caracterizan a la investigación histórica, aquellas que la acercan a otras ciencias y aquellas que la hacen única porque su objeto es único. En cierto punto se encuentra con que debe diseccionar al concepto de ficción, pues esto lo acerca a la literatura. En este punto parece que estamos leyendo un libro de teoría literaria, dato que muestra no solo la transdisciplinariedad en que se mueve el libro sino la seriedad con que Jablonka tomo el asunto de la dicotomía historia/literatura.

Este parte del libro puede perfectamente darse a estudiar a aquellos que se forman como historiadores. Es posiblemente uno de los mejores tratados de metodología y análisis histórico que se hayan escrito porque al autor le parece crucial este punto, pues acá encontrará la clave que caracteriza a la historia. Jablonka hace honor a la tradición francesa de grandes historiadores que también han teorizado sobre los problemas epistemológicos de su disciplina con gran maestría. No en vano son citados Marc Bloch, Michel Foucault, Fernand Braudel y Lucien Febvre, entre otros célebres.

Hacia las ciencias sociales

Aquellos que gustan de la literatura no se encontrarán decepcionados en la tercera y última parte. Los héroes de la novela moderna son mencionados porque Jablonka cruza hacia ellos para buscar lo que los une con la historia. Con los clásicos franceses del siglo XIX que más arriba mencionamos, también aparecen Cervantes, Defoe, James, London hasta llegar a los contemporáneos como Faulkner, Dos Passos, Musil, Houellebeck, Roth, Yourcenar y Mailer. Un especial apartado se merecen los fundadores de la *nonfiction novel*, Truman Capote y Tom Wolfe, porque esta literatura y su capacidad de contar lo real con veracidad la hacen muy especial para lo que se está buscando. Otras corrientes y estilos literarios también son diseccionados bajo el sofisticado bisturí de Jablonka, quien revisó el panorama de la literatura comparada como si fuera un especialista en literatura comparada.

Pero no solo los novelistas son protagonistas en esta sección. Como era de esperar, nuestro autor discute con aquellos que se preocuparon en definir lo literario; así habla con Genette, con Barthes, con Jakobson e incluso con Aristóteles, de quien afirma que su diferenciación entre la poesía y la historia realizada en su *Poética* fue el primer paso sistemático en el análisis del problema que Jablonka hereda.

En su tramo final, el libro acerca nuevamente a la literatura e la historia, con una especial reflexión sobre las ciencias sociales. La sociología y la antropología han estado presentes en todo su texto, porque él considera que estas disciplinas también son narrativas como la historia y, por ende, tienen una conexión sustancial con la literatura.

El texto de Jablonka es un manifiesto por las ciencias sociales porque es una llamado a comprenderlas en lo que les es connatural. La investigación, la verdad, la escritura, son aspectos que las unen con la historia. En este sentido, esta última no es vista como una “ciencia humana” como ocurre en nuestro medio.

El libro que presentamos es un recorrido erudito por la historia de la historia, una reflexión sobre la literalidad de la historia y un cuasi tratado metodológico. No solo es recomendable para historiadores, sociólogos y antropólogos, sino para todos aquellos que gustan de los ensayos teóricos sobre la naturaleza de las ciencias sociales. ¿Gustará a aquellos que leen novelas? No a todos, porque muchos acometen la literatura como pasatiempo. Pero otros saben que en la literatura se habla de nuestra realidad, que hay una explicación del mundo, que hay pensamiento y una apelación a la condición humana. Aquellos que leen literatura de este modo encontrarán en este libro de Jablonka un estimulante ensayo sobre lo literario.